

VÍCTOR FLORIÁN
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional
Bogotá.

DERRIDA Y EL SIGNO LINGÜÍSTICO

"Por lo tanto es la idea de signo lo que sería preciso desconstruir mediante una méditación sobre la escritura".

"La diferencia entre significado y significante pertenece de manera profunda e implícita a la totalidad de la gran época cubierta por la historia de la metafísica... Saussure se mantiene en los límites: a la vez en la metafísica que es preciso desconstruir y más allá del concepto de signo (significante/significado) del que todavía se sirve".

Derrida: *De la Grammatologie*.

El hecho de que el signo lingüístico siga siendo hoy objeto de una renovada atención reviste cierta importancia. No es este el momento para hacer una presentación de lo que se podría llamar los 'avances teóricos' alrededor de las nociones saussureanas¹ en particular de la noción de signo.

En el espacio abierto por la teoría del signo ocupa un lugar especial lo que DENIS HOLLIER en un trabajo relativamente reciente ha denominado "la clausura del signo". Bajo esta denominación, y dentro del propósito de un balance de las ciencias humanas, son comprendidos sucesivamente Lacan, los *Anagramas* de Saussure, Derrida y finalmente

¹ Cf. por ej., en relación con la oposición lengua/habla el notable trabajo de Oswald Ducrot "De Saussure à la philosophie du langage" (prefacio a la obra de John R. Searle *Les Actes de langage*, Hermann, Paris 1972), traducido por Rubén Sierra Mejía para la revista ECO, N° 186, abril de 1977. Desde otro punto de vista, véanse los trabajos de Benveniste sobre la noción de "lo arbitrario del signo" en *Problemas de lingüística general*, y los documentos para la historia de algunas nociones saussureanas (en especial la noción de lo arbitrario del signo en George Boole y un pasaje del ensayo de Paul Valéry sobre el *Essai de sémantique* de M. Bréal) contenidos en los *Cahiers Ferdinand de Saussure*, N° 21 (1964).

Benveniste. El sentido y el alcance de dicha clausura nos ayudarán a abordar el tema propuesto.

Con Lacan, cuando el inconsciente es puesto en referencia al lenguaje (bajo su forma de habla) y se establece una primacía del significante, la clausura del signo aparece entonces abierta por el inconsciente en el que se opera una lógica específica, la del significante². Por lo demás, Saussure ya había sospechado de tal lógica a propósito de la función paragramática de los versos saturnianos. Función que precisamente permite descubrir en los versos latinos la presencia de un significante o elemento sonoro de un nombre propio.

Con Benveniste, la lengua es definida en términos de significancia. Es el único sistema cuya significancia está articulada en dos dimensiones: lo *semiótico*, lo *Reconocido* (es el modo de significancia propio del signo lingüístico), y lo *semántico*, lo *Comprendido* (el modo de significancia engendrado por el discurso). En cuanto base significativa de la lengua, el signo existe cuando es reconocido³ como significante por los miembros de una comunidad lingüística. Ahora bien, cuando Saussure definió la lengua como sistema de signos y estableció que el signo corresponde a unidades significantes de ella, ya había rozado la dificultad de erigirlo en principio único de la lengua en su funcionamiento discursivo. Saussure, nos dice Benveniste, “no ignoró la frase, pero visiblemente le creaba una grave dificultad y la remitió al ‘habla’, lo cual no resuelve nada. Se trata justamente de saber sí y cómo del signo se puede pasar al habla. En realidad el mundo del signo es cerrado. Del signo a la frase no hay transición. . . Un hiatus los separa”⁴.

Finalmente en el plano filosófico y lingüístico, Jacques Derrida ha logrado librar el concepto de escritura y fundar una gramatología gracias a la desconstrucción del concepto de signo. Esta nueva práctica filosófica o gesto menos sencillo que el de una destrucción no se limita simplemente a “neutralizar las oposiciones binarias de la metafísica” (*Positions*, 56): inteligible/sensible, ausencia/representación, presencia/ausencia, naturaleza/cultura, originario/derivado, etc., ni tampoco a “pasar de un concepto a otro sino a invertir y desplazar un orden

² Cf. Lacan, sobre todo: “La subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien” en *Ecrits II*, Seuil 1971; “L’instance de la lettre dans l’inconscient ou la raison depuis Freud” en *Ecrits I*. Y los trabajos de Jacques-Alain Miller: “La sutura. Elementos de la lógica del significante”, J. C. Milner: “La cuestión del significante”, recogidos en *Significante y sutura en el psicoanálisis*, S. XXI, 1973. Cf. igualmente la obra de Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe: *Le titre de la lettre (une lecture de Lacan)*, Galilée, Paris 1973 (en especial la primera parte: la lógica del significante).

³ P. Ricoeur, por otra parte, ha insistido en el uso o empleo como determinantes para la significación del signo. Cf. P. Ricoeur, *La Structure, le mot, l’événement*”.

⁴ E. Benveniste, “Sémiologie de la langue”, *Semiotica*, 1-2, Mouton éd. 1969.

conceptual, lo mismo que el orden no conceptual con el cual se articula" (*Marges*, 393).

Determinemos los elementos constitutivos del doble exergo con el que hemos iniciado la exposición: reflexión sobre la escritura, la distinción significante/significado como perteneciente a la metafísica, y finalmente la necesidad de desconstruir dicha distinción.

El tema de la escritura es constantemente tratado⁵ por Derrida y bien podemos preguntarnos ¿por qué la escritura? Pregunta a la que no es fácil responder en términos de elección en cuanto problemática poco abordada por la filosofía y sobre todo cuando se sabe que en la reflexión derrideana sobre la escritura se entrecruzan la fenomenología husserliana, el Talmud, Mallarmé y A. Leroi-Gourham⁶.

Pero más que de una elección se trata más bien de la necesidad de partir de la escritura como el lugar propio para una crítica de la lingüística: "la reducción de la escritura —como reducción de la exterioridad del significante— iba paralela con el fonologismo y el logocentrismo. Se sabe cómo Saussure, según una operación tradicional que fue también la de Platón, Aristóteles, Rousseau, Hegel, Husserl, etc., excluyen la escritura del campo de la lingüística —de la lengua y del habla— como un fenómeno de representación exterior a la vez inútil y peligroso" (*Positions*, 35-36).

La dimensión en la que se coloca la lingüística es la del verbo, la 'palabra' viva, la voz, como expresiones del lenguaje hablado. Ahora bien, lo constitutivo del 'discurso' entendido como palabra y que orienta el pensamiento metafísico es precisamente el binarismo significante-significado que implica ver la escritura como un derivado, como algo exterior-representativo, como un 'signo de signo'. Naturalmente que a esa concepción representativista de la escritura, o la escritura considerada como simple representación de la palabra, está unida la escritura alfabética, fonética.

En la relación palabra-escritura Saussure debió privilegiar la palabra. Y bien podemos ver de dónde vienen ese privilegio y el carácter de derivación, de suplemento, otorgado a la escritura. Según Derrida, y por un astuto procedimiento propio de su escritura (en el que se estarían forzando algunos pasajes del *Curso de lingüística general*),

⁵ Desde su primer libro editado en 1962, *Introduction à l'origine de la géométrie de Husserl*, pasando por todos los artículos reunidos en *L'Écriture et la différence*, *De la Grammatologie*, *La dissémination*, *Marges*, *Positions*.

⁶ En el número 54 de la revista *L'ARC*, dedicado a Derrida, encontramos un amplio esquema de la territorialidad o de los autores en que gira su pensamiento. Y es bien significativa la referencia en la *Grammatologie* a Leroi-Gourham a partir del grafismo, el mitograma, el pensamiento simbólico multidimensional.

Saussure habla de la unión 'natural' entre el pensamiento y la voz, el sentido y el sonido, y aun del pensamiento-sonido. Lo propio de esa función representativa es su condición de significante del significante primero, es decir, la representación de la voz presente a sí, la traducción de una palabra originaria y plenamente presente a través del signo gráfico ⁷.

Pero esta oposición entre logos (palabra y pensamiento) y escritura ('traza' de la palabra, del pensamiento) se hace estrecha y problemática en cuanto que se reduce la traza a la pura representación de un sentido preexistente, significado, e inversamente, el significado se reduce a una presencia que la traza significante tiende a evocar. Desconstruir tal oposición implica ante todo invertir la jerarquía entre un significante primero, mayor, el lenguaje, unido naturalmente al significado, y un significante segundo, la escritura. En primer lugar, señala Derrida, en la medida en que el significado funciona ya desde siempre como significante, y que la secundariedad atribuida a la escritura es propia de todo significado en general, aparecerá entonces que la escritura mediante un nuevo concepto excede y comprende al lenguaje, es decir, que el lenguaje es una forma de escritura.

En segundo lugar, la deportación por la escritura de lo que durante siglos se ha reunido bajo el nombre de 'lenguaje', comienza justamente a partir de una crítica del lenguaje, de la devaluación e inflación del lenguaje. Y es esta inflación del signo 'lenguaje' el signo de una crisis y también el síntoma de que "una época histórico-metafísica debe finalmente determinar como lenguaje la totalidad de su horizonte problemático" (*De la grammatologie*, 15).

"El problema del lenguaje nunca ha sido un problema entre otros. Pero nunca como hoy había invadido como tal el horizonte mundial de las investigaciones más diversas y de los discursos más heterogéneos en su intención, su método y su ideología. . . Desde hace algún tiempo se decía 'lenguaje' para acción, movimiento, pensamiento, reflexión, conciencia, inconsciente, experiencia, afectividad, etc. Ahora se tiende a decir 'escritura' para todo esto y para otra cosa: se designa así:

—Los gestos físicos de la inscripción literal, pictográfica o ideográfica y todo lo que la hace posible.

—Todo lo que puede dar lugar a una inscripción en general: cinematografía, coreografía; escritura pictórica, musical, escultórica.

⁷ El primado metafísico y lingüístico (el "fonologismo") opera el rebajamiento de la escritura.

—El biólogo habla hoy de escritura y de programa a propósito de los procesos más elementales de la información en la célula viva” (*De la Gramm.* 19).

Segundo exergo. Bajo diversos enfoques la problemática del signo ha sido abordada en la obra de Derrida: el signo en la fenomenología husserliana (*La Voix et le phénomène*), el signo en las ciencias humanas (*L'Écriture et la différence*), el surgimiento de la frivolidad desde el origen del signo (*Archeologie du frivole*), y a través de la performatividad de la escritura la obra *Glas* a la vez ‘significante’ y ‘significado’ del texto⁸.

El interés de las páginas que consagra a la crítica del signo radica en mostrar que en definitiva Saussure, en su formulación del signo, no pudo sustraerse al sistema de la metafísica; que por su raíz e implicaciones, el concepto de signo es solidario de las teologías estoica y medieval⁹; y que el trabajo de crítica a la que ha sido sometido no ha logrado arrancarlo de ellas. La distinción significante/significado es metafísica, es decir, reproduce la diferencia entre sensible e inteligible y deja abierta la posibilidad de pensar un concepto significado en sí mismo independiente con relación a la lengua, es decir, con el sistema de significantes (*Positions*, 29-30).

Ahora bien, esta distinción entre significante y significado se hace problemática e insostenible a partir del momento en que Derrida:

⁸ Para la obra *Glas*, Cf. el sugestivo trabajo de François Laruelle “Le style diaphallique de Jacques Derrida”, *Critique*, 334, marzo de 1975.

L'Archeologie du frivole, es un análisis del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* de Condillac en el que Derrida trata de definirlo como una “semiótica” a partir de la clasificación de los signos (accidentales, naturales, de institución) y destacando la cadena que rige el comercio, lo arbitrario del signo, la libertad, el dominio del objeto presente, concluye que “lo propio del signo es el sistema de lo arbitrario” (pág. 77). Y como en Condillac el lenguaje original es el lenguaje gestual, Derrida enfatiza la tesis de que el lenguaje de acción precede y funda todo lenguaje.

Es necesario señalar que en la clasificación de los signos de Condillac, el carácter de arbitrario es puesto en los *signos de institución* (“aquellos que nosotros mismos hemos escogido y que no tienen más que una relación arbitraria con nuestras ideas”, Ia. parte, sección segunda, cap. IV).

La Voix et le phénomène, una de las obras más difíciles de Derrida, aborda las dos clases de signos en Husserl: el índice (que no expresa ni transporta una *Bedeutung*) y la expresión. Que Husserl parece eludir la cuestión sobre la estructura del signo en general; que hay un “tratamiento reductor” del índice y un privilegio de la expresión (“para Husserl, la expresividad de la expresión —que supone siempre la idealidad de una *Bedeutung*— tiene un vínculo irreductible con la posibilidad del discurso hablado (*Rede*)” pág. 18), y finalmente, que la distinción entre índice y expresión es funcional o intencional, no sustancial (pág. 40), son los enfoques bajo los cuales Derrida trata el problema del signo en Husserl.

⁹ En la oposición medieval *signans/signatum*, el *signatum* remite como a su referente a una *res*, a un ente creado, primeramente pensado y dicho en el presente dentro del logos divino. Significante/significado, sensible/inteligible implícitamente conservan la referencia a un significado que pudo “tener lugar” en su inteligibilidad pura, antes de su ‘caída’, de su expulsión en la exterioridad del aquí-abajo sensible. Cf. *De la Grammatologie*, 25.

1. Postula la necesidad de un significado trascendental (“que no remitiría en sí mismo en su esencia a ningún significante y que no funcionaría él mismo ya como significante”, *Positions*), para que la diferencia sea absoluta.

2. Niega la posibilidad de un tal significado trascendental o privilegiado, y

3. Reconoce que todo significado se encuentra también en posición de significante en cuanto que está inscrito en la cadena de remisiones que forma el sistema de las significaciones.

Y como se trata de buscar una economía que escape a ese sistema de oposiciones, se desconstruye la metafísica al borrar la diferencia entre significante y significado¹⁰ en cuanto todo significado es ya también significante: “si se borra la diferencia radical entre significante y significado, es la palabra misma significante la que habría que abandonar como concepto metafísico” (*L'Écriture et la différence*, 412).

La reflexión sobre el signo también la sitúa Derrida en relación con su estructura clásica que hace de la relación significante-significado una relación de representación¹¹. El signo, se dice corrientemente, se coloca en el lugar de la cosa misma, la representa, hace presente una ausencia. Y lo subyacente a esta noción es que no se puede pensar el signo sino a *partir* de la presencia que difiere y *en vista* de la presencia diferida. Es decir, la determinación del ser como presencia nos revela inmediatamente que el signo por su carácter de representación, de mediación, queda reducido a una función secundaria y provisional.

Pero es precisamente esta doble función la que Derrida va a cuestionar por un movimiento de incursión en los dos elementos inseparables de la teoría del signo de Saussure: Lo arbitrario y su carácter diferencial. Dice Saussure: “Si la parte conceptual del valor está constituida únicamente por relaciones y diferencias con los otros términos de la lengua, otro tanto se puede decir de la parte material. . . En la lengua solo hay diferencias. . . Una diferencia supone en general términos positivos entre los cuales se establece. En la lengua solo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significado, ya el significante, la lengua no comporta ideas ni sonidos preexistentes al sistema lin-

¹⁰ Hay dos maneras de borrar la diferencia: “la clásica, que consiste en reducir o derivar el significante, en someter el signo al pensamiento; la otra consiste en poner en duda el sistema en el que funcionaba la reducción anterior” *L'Écriture et la différence*, 413.

¹¹ En el amplio análisis de la configuración del saber en el siglo XVII, Foucault destaca justamente que “esa representación es condición indispensable para la organización binaria del signo. El signo, dice la *Lógica* de Port-Royal, encierra dos ideas: por un lado la de la cosa que representa y por el otro, la de la cosa representada, y su naturaleza consiste en provocar la primera por la segunda”, *Les mots et les choses*, 78.

güístico, sino solamente diferencias conceptuales o diferencias fónicas resultantes de ese sistema. Lo que de idea o de materia fónica hay en un signo importa menos que lo que hay a su alrededor en otros signos”¹².

Ahora bien, Derrida acentúa, por una parte, el principio de la diferencia “que como condición de la significación afecta la *totalidad del signo*, esto es, al significante como al significado” (*Margés*, 11); y por otra parte, saca la consecuencia de la imposibilidad de la presencia por cuanto el “concepto significado no está jamás presente en sí mismo, en una presencia suficiente que no remitiría sino a ella misma. Pues todo concepto está inscrito en una cadena, en un sistema en el interior del cual remite a otro, a otros conceptos” (*ibid.*).

En resumen, Derrida nos ha señalado el estatuto enigmático del signo (“la unidad de una heterogeneidad”) a través de una reflexión crítica, destructora que milita contra una metafísica de la presencia. Ahora podemos preguntar, ¿qué permite entonces repensar el signo cuando se libera al significante de su dependencia en relación con el logos? Y si bien, “la presencia lejos de ser, como se cree comúnmente, lo que significa el signo” (*Margés*, 76) ¿qué se puede oponer a la metafísica de la presencia?

La afirmación nietzscheana del juego (“la alegre afirmación del juego del mundo y de la inocencia del devenir, la afirmación de un mundo de signos sin verdad, sin origen”, *L'Écriture et la différence*, 427) encontrará su eco en Derrida precisamente en el concepto de juego, de “acción recíproca”, “unidad de azar y de necesidad”, “aventura seminal de la traza”. Desde esta perspectiva el proceso de significación debe ser comprendido como un juego formal de diferencias, es decir de trazas:

“El juego de diferencias supone en efecto síntesis y remisiones que impiden que en algún momento, en cualquier sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y solo remita a sí mismo. Ya en el orden del discurso hablado, ya en el orden del discurso escrito, ningún elemento puede funcionar como signo sin remitir a otro elemento el cual no esté él mismo simplemente presente. Este encadenamiento hace que cada “elemento” —fonema o grafema— se constituya a partir de la traza en él de otros elementos de la cadena o del sistema. Este encadenamiento, este tejido, es *el texto* que no se produce más que en la transformación de otro texto. Nada, ni en los elementos ni en el sistema, está en alguna parte o alguna vez simplemente presente o ausente. No hay de parte y parte más que diferencias y trazas de trazas” (*Positions*, 37-38).

Esquemáticamente, el proceso de significación estaría condicionado por el juego de remisiones de los elementos y la inscripción en el

¹² *Curso de lingüística general*, Losada, 1967, pág. 203.

juego de diferencias de los elementos definidos en relación con los otros. Ahora bien, ese principio de la diferencia neutraliza el privilegio de una sustancia fónica ('temporal') sobre una sustancia gráfica ('espacial') y deja abierta la posibilidad de una teoría de toda inscripción (gramatología). A ese movimiento de juego que produce las diferencias, Derrida lo denomina '*Différance*' (la *a* de *différance* connota actividad, productividad en el juego de las diferencias) a la vez 'espaciamiento' y 'temporización'¹³. Por su carácter conflictivo, por su condición de 'movimiento de juego que produce', nada la precede. El espaciamiento es temporización.

Finalmente, cuando la '*différance*' interviene, se pueden señalar sus implicaciones: 1. Las oposiciones conceptuales de la metafísica se vuelven no pertinentes (significante/significado, sensible/inteligible, naturaleza/cultura) en cuanto tienen por referencia última la presencia de un presente. 2. La '*différance*' en cuanto que produce las diferencias, es la raíz común de todas estas oposiciones. 3. Se anuncia el advenimiento de un orden que resiste a esa oposición fundadora de la filosofía (sensible/inteligible) y ese orden es el movimiento de la '*différance*'. Pero como bien lo expresa el autor: "no se trata de confundir a todos los niveles y muy simplemente, el significante y el significado. Que esta oposición o esta diferencia no pueda ser radical y absoluta, esto no impide su funcionamiento ni su indispensabilidad dentro de ciertos límites, y muy amplios. Por ejemplo, ninguna traducción sería posible sin ella". (*Positions*, 31).

¹³ 'Espaciamiento' y 'temporización' son los dos elementos para el análisis semántico de la '*différance*'. El verbo "*différer*" tiene dos sentidos distintos: a) diferir, retardar, aplazar, reservar, es decir, todos los conceptos inscritos en la cadena de la 'temporización'. b) No ser idéntico, ser diferente, ser otro, discernible; conceptos que indican intervalo, distancia, 'espaciamiento'. La '*différance*' conserva estos dos sentidos, lo que no sucede con la '*différence*' (con *e*). En términos de Jean François Revel, el hablar de '*différance*', con *a*, en una conferencia y tratar de hacer sentir en la oreja la diferencia entre '*différance*' y '*différence*', bien puede calificarse como una "astucia" del autor (*Pourquoi des philosophes et la cabale des dévots*, pág. 41) por cuanto que la "*différance*", como lo expresa Derrida, "se escribe o se lee pero no se escucha" (*Margés*, 4).